



George Washington

Escritos



Estudio preliminar y edición de
Javier Alcoriza y Antonio Lastra

Traducción de
Javier Alcoriza,
José María Jiménez Caballero
y Antonio Lastra

Tercer milenio

CLÁSICOS
DEL
PENSAMIENTO

GEORGE WASHINGTON,
Escritos, edición de
Javier Alcoriza y Antonio
Lastra, traducción de
Javier Alcoriza, José
María Jiménez Caballero
y Antonio Lastra, Tecnos,
Madrid, 2009, 285 pp.
ISBN 978-84-309-4890-1.

EL presente volumen reúne 65 documentos de muy diversa naturaleza (cartas privadas y oficiales con los principales actores del “experimento americano”, órdenes militares, discursos y proclamaciones) de George Washington, que vienen a dar cuenta de más de cuarenta años de su vida, desde su despedida del Regimiento colonial de Virginia durante la guerra librada entre Francia y Gran Bretaña por el dominio del norte de América, y su muerte, en 1799, dividido todo ello en cinco epígrafes: la educación colonial, la Revolución, la escritura constitucional, la presidencia y el retiro a Mount Vermon. Puede parecer que, en ocasiones, resulte innecesaria justificar una compilación de textos del *mythistorema*, utilizando el término acuñado por G. Seferis, que constituye de por sí la figura del primer presidente de la república democrática más longeva de la historia de la política. Pero, es precisamente debido a esta naturaleza, como apuntan Javier Alcoriza y Antonio Lastra en el estudio preliminar, que la relevancia de la dimensión política de sus textos ha quedado ciertamente eclipsada, por lo que no podemos sino alegrarnos de lo doblemente justificada de esta nueva edición en lengua castellana.

La posición central de Washington en la historia de América, es indiscutible. Su calidad de testigo privilegiado en el proceso de gestación de una nación que deseaba llegar a ser, en tanto que Comandante en Jefe del ejército revolucionario, delegado del Congreso Continental, gran mediador durante la construcción del texto constitucional y dos veces electo en los recién constituidos Estados Unidos de América, lo convierte en una pieza fundamental para la comprensión del horizonte histórico de su época. Se nos muestra a través de sus escritos, sus actos y omisiones, un rasgo de la que podríamos llamar, la “presuposición absoluta” de la Fundación: la lucha por construir, sin precedente histórico alguno, un Estado nuevo que pretendió siempre llegar a ser aquello a lo siempre aspiró, una república constitucional a nivel continental, perdurable en el tiempo. Así lo percibimos en una carta dirigida a Hamilton poco antes de finalizar la Guerra de Independencia, donde expresa que su “deseo de ver la Unión de estos Estados establecida sobre principios permanentes y liberales y la inclinación a contribuir con mi grano de arena al señalar los defectos de la actual Constitución son igualmente grandes”. Finalizada la guerra y con el anuncio del cese de las hostilidades con Gran Bretaña, tras ocho años de contienda, Washington agradecería la ayuda de todos y se preocuparía por hacer consciente a todo el pueblo y al ejército su papel en el “experimento político más genuino e innovador de la historia de la humanidad”. La lúcida autoconciencia del estar construyendo sobre la marcha una historia que sería ya por siempre la de sus verdade-

ros actores, no del cabeza visible, sino la del pueblo débil decidido a ser libre, es, probablemente, su rasgo más pronunciado. Precisamente esta actitud de sencilla humildad y entrega responsable al mero ejercicio del cargo público es aquella que acompañaría por siempre la imagen del *Chief Magistrate*, nunca soberano, mas representante de aquel ante el que siempre ha de responsabilizarse con deferencia: “nosotros, el pueblo”.

La personalidad de Washington venía desde luego a ser la más pertinente para conjugar el juego ideológico que articulan la Declaración de Independencia y la Constitución americana. La sospecha ante tendencia de los hombres a abusar del poder está detrás de la decisión de no considerar ningún poder como soberano o absoluto, sino como un corpus organizado y relativo a las partes. Solo así, los bajos humores de la sociedad serán neutralizados. La figura del primer presidente de los Estados Unidos no fue respetada porque actuara mejor o peor, en primera instancia, sino porque, de manera fundamental, durante toda su carrera permaneció aparentemente incorruptible y diligente en el estricto ejercicio de sus obligaciones, por mor a la confianza depositada en él para tal finalidad. Así, en sus escritos, reconocemos a un Washington, siempre anhelante de abandonar los asuntos públicos y regresar a su mujer y a sus tan amadas tierras de Mount Vermon. Esta imagen de incombustible servidor público y amante de su tierra hizo que, a los ojos de su pueblo, Washington fuera, sin lugar a dudas, primero entre los patriotas.

Para los Padres Fundadores, la impresión era la de estar trabajando para una empresa que comprendían como el producto “final del desarrollo de la Historia de la humanidad” y el primer presidente temerá, durante toda su vida por el futuro del gobierno ante los embates y tensiones entre confederados y republicanos. El mayor enemigo de la república es no tanto el externo, sino el espíritu de sedición y el conflicto de intereses creados que llevarían al debilitamiento de la unidad del cuerpo político. Por eso, en este sentido, el discurso de la Unión de los estados federales de la fundación es, a mi entender, la línea más constante de los textos aquí presentados. La Unión de los estados federales debe continuar sobre la primacía de los principios de “Justicia pública” y en el horizonte de la paz. Sólo así se cumplirá con los compromisos adquiridos con el pueblo, deseoso siempre de vivir “libre” y “seguro”. Toda la tarea de la presidencia estuvo encaminada para asumir esto, desde una petición general al espíritu de sacrificio, dispuestos a aplacar las pasiones internas que poco a poco fueron dibujando las lindes de las dos facciones. Creo que las palabras del propio Washington en su discurso de Despedida acerca de los partidos políticos habla por sí solo: “Circula la opinión de que los partidos, en los países libres, son contrapesos útiles a la administración del gobierno y sirven para mantener vivo el espíritu de la libertad”, pero en realidad su espíritu es el de “la dominación alternativa de una facción sobre otra, agudizada por el espíritu de venganza connatural a la disensión partidista, que en distintas épocas y países ha perpetrado las acciones más horribles, es por sí misma un despotismo despiadado... antes o después el jefe de alguna facción prevaleciente, más capaz o afortunado que sus rivales, dirige esa situación con el propósito de elevarse sobre las ruinas de la libertad pública”. Por ello me parece oportuno subrayar la observación llevada a cabo por los responsables de esta edición al decir que el fulcro central que exhuman los textos seleccionados es sin lugar a dudas la renuencia ante toda actitud nepotista y lucrativa del poder. Si la base de la libertad inspirada por la herencia de Montesquieu es la acción que posibilita la estructura legal erigida tras el movimiento constitucional, el grupo que actúa como sujeto privado debe de ser señalado como posible foco desintegrador de la unidad estatal. Washington es muy



consciente de este peligro, en el contexto inmediato de un país aun por construir donde las diferencias Norte/Sur, Este/Oeste, pueden despertar la insatisfacción suficiente para liberar las pasiones contrarias al mantenimiento de la unidad territorial de una nación incipiente. Si no se quiere perder la perspectiva del deseo de correspondencia entre las aspiraciones del pueblo americano y su realidad inmediata la labor del presidente debía ser la difícil tarea de aplacar el juego de intereses siempre desde una cautelosa posición política que pivota entre el dejar hacer y la firme defensa de los principios constitucionales. Por ello no se cansaría nunca de proclamar la verdadera disyunción que para él era la relevante, esto es, el hacer ver que no había alternativa considerable entre, primero, la “adopción” (de la Constitución) y la “anarquía” o, más tarde, entre la “Unión” o “des-Unión”.

Aquel lector que decida acercarse a esta edición, podrá comprobar como, al fin y al cabo, todas las propuestas que realizara para la consideración de los Delegados durante los Mensajes anuales al Congreso (las enfocadas a la mejora de las comunicaciones, a la modernización de la producción agrícola, a la promulgación de leyes de protección y activación de la economía, a la creación del ejército regular y de la armada naval, la promoción de la ciencia y las letras y el consejo de creación de una universidad nacional, como base para la formación de la ciudadanía que debe ser lo suficientemente ilustrada para conocer y ejercer sus derechos y deberes, las medidas para la progresiva eliminación de la deuda externa, la pacificación de las relaciones entre el pueblo americano y las naciones indias, la continuada posición de neutralidad con respecto a los conflictos internacionales, etc.) constituyen la trama histórica y humana de la lucha por la Unión, siempre bajo el lema del “fieles a nosotros mismos”. Por ello, no cabe duda de que leer a Washington en esta, a mi modo de ver cuidada traducción que permite transmitir la belleza y seriedad del original inglés, merece ser una indiscutible cita obligada para todo aquel interesado en comprender los rasgos fundamentales de la sociedad americana desde sus inicios y hacia su proyección presente. No hay que olvidar que en su discurso de despedida, la principal intención de aquel al que Henry Lee se refiriera como “el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus compatriotas” es un saludo esperanzador a las nuevas generaciones con los mejores deseos de un padre que deja en herencia a su muy querida prole, los frutos satisfechos del trabajo bien hecho.

Ángel Martínez Sánchez

